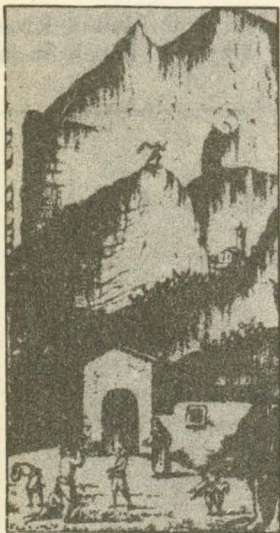


La «Vida de Pedro Saputo». Una posible fuente

Lamentable —si no vergonzosa— ha de resultar la falta de atención con que por parte de los críticos se ha obsequiado desde siempre a este clásico de la literatura aragonesa que es la **Vida de Pedro Saputo** y, en opinión de Sergio Beser, «la novela de mayor calidad e interés escrita en el siglo XIX hasta la publicación de las grandes obras de Pérez Galdós». (1)

En las décadas más recientes, tan sólo aparece bastante ligado a la obra de Braulio Foz (Fórnoles, 1791-Borja, 1865) el nombre de F. Yndurain, cuyos estudios figuran en todas las modernas ediciones de la novela (Cesarraugustana, II, Zaragoza, 1959. Edit. Laia, Barcelona, 1973 y



1977; Guara Edit., Zaragoza, 1980).

Personalmente he detectado la existencia de similitudes más que sospechosas entre la **Vida de Pedro Saputo** y la producción literaria del escritor francés del siglo XVI F. Rabelais. También F. Yndurain, en la introducción a la última edición —y no en las anteriores— de la novela de Foz, parece ver una relación al referirse al episodio del libro II, cap. 10, en que Pedro Saputo ataca a una mujer con una larga lista de insultos. Pero se limita a concluir que en ello hay un «cierto eco rabelesiano, quizá» (2), aunque no lo dice, todo indica que está refiriéndose al capítulo XXV del **Gargantúa**, de Rabelais, donde se desarrolla un episodio semejante. Sin embargo, pienso que las relaciones no acaban en esa retahíla de in-

sultos, sino que van más lejos y son de un orden más profundo.

¿Conoció Braulio Foz las obras de Rabelais, que no son traducidas al castellano hasta 1906? Pienso que sí. Rabelais era un autor maldito en España, sobre todo por sus ataques a la Iglesia... y de ahí su tardía traducción. Pero, pese a no tener datos, todo apunta que Foz debió tomar contacto con la obra rabelesiana a lo largo de sus dos estancias en tierras galas (la primera desde 1810 como prisionero de la guerra de la Independencia; la segunda en la década ominosa de 1823-1834, como exiliado a causa de sus ideas liberales).

Thomas Sébillot, por medio de un acertado mecanismo de encuestas entre los campesinos franceses de la zona del monte Saint-Michel, ha demostrado que Gargantúa, Pantagruel, etc., fueron —y se les sigue conociendo— mitos de las gentes de esa zona. El campesinado se sentía débil y desprotegido ante la Naturaleza; mediante un curioso e interesante proceso que no puede ser desarrollado aquí por imperativos de espacio y que se plasmaba finalmente en el carnaval y el comienzo de la primavera, surgían los «gigantes» como expresión pagana y bonachona de defensa frente a las fuerzas incontroladas de la Naturaleza.

Rabelais parte de este mito que conocía y lo lleva a la literatura, utilizándolo como un recurso literario más con el que expresar su alternativa renacentista frente a «lo medieval» en general (religión, política, vida cotidiana...).

Aunque desgraciadamente está todavía por hacer un trabajo semejante al de Sébillot entre los campesinos altoaragoneses, podemos afirmar que Pedro Saputo es también un mito que se pierde en la tradición folklórica. Lo tenemos fijado en escritura desde el siglo XVI, lo cual nos hace pensar que a nivel popular debió de ser mucho más antiguo. Aparece como prototipo de necio desde 1574 (3), e incluso en el **Vocabulario** del extremeño maestro Correas, profesor de la Universidad de Salamanca (obra en la que, dicho sea de paso, aparece incluso con formas aragonesas como «plano», «qui», «forca», etc.); sin embargo, en la obra de Braulio Foz nos aparece

como prototipo de sabio, lo que nos da muestras de que, cuando él lo conoció, el mito ya había sufrido variaciones entre las gentes.

De cualquier forma, parece indudable que el mito ha tenido una parte básica de tradición oral viva y otra parte de procedencias diversas, una parte de mítica aragonesa y otra parte de mítica universal (cuentecillos folklóricos...).

Braulio Foz, que sin duda conoció el mito a través de sus andanzas por el somontano en su época de estudiante de la Universidad de Huesca, durante las acciones contra los invasores franceses, lo utilizó como base de la construcción de su novela, dándole así forma literaria y adicionando historietas, leyendas, costumbres... En definitiva, Foz se sirve de esta base mítica —al igual que había hecho Rabelais— como vehículo de expresión y plasmación de sus propias ideas respecto a la sociedad, la razón, el hombre, la familia, los conventos...

Hay también otra serie de constantes entre las obras de Rabelais y la de Foz sobre las que nadie ha llamado la atención (si bien es verdad que su relación es quizá más problemática), y que al menos hay que enumerar:

Se da en Rabelais una curiosa y original mezcla de lenguajes (intercala latinismos, arcaísmos, regionalismos...) que también detectamos en Foz. Sólo que el francés introduce esas mezclas sin razón aparente en la mayoría de ocasiones en tanto que el aragonés intercala arcaísmos con el fin de situar la acción en el pasado e introduce un episodio en aragonés —aunque bastante castellanizado— que también tiene su motivo: quienes hablan en ese momento son los habitantes del pueblo, la masa popular (libro III, cap. 9).

Existe en la obra rabelesiana una importante carga de sátira anticlerical y anticonventual que también podemos percibir en la novela de Foz, en la que se recalca que los conventos son algo antinatural, que no emana de las leyes de la naturaleza.

Asimismo es necesario hacer notar la reiteración de ambos en señalar a la razón como elemento que debe presidir en la vida de los hombres, aunque con las lógicas diferencias que pueden darse en el modo de entender la razón en el siglo XVI y en el XVIII —pues dentro del XVIII hay que situar la concepción que de ella tiene Foz—.

Todos estos aspectos habrían de ser objetivo de estudio. Pero lo que habría que considerar al menos como una plausible hipótesis es la influencia rabelesiana en la **Vida de Pedro Saputo**, basada en el paralelismo existente entre el autor francés y Braulio Foz en lo que se refiere a la utilización del elemento mítico popular para construir una obra literaria, añadiendo ambos literatos anécdotas, leyendas, historietas, refranes populares sobre gentes, costumbres, etc., con la intención de ir más lejos del mito, de trascender lo folklórico, de utilizarlo con otros fines dentro de un mayor conglomerado literario.

CHESUS G. BERNAL

(1) **Vida de Pedro Saputo**, natural de Almudévar, hijo de mujer, ojos de vista clara y Padre de la agudeza. **Sabia naturaleza su maestra**, Ed. Laia, Barcelona, 1973 (2.ª edición, 1977), pág. 10.

(2) **Vida de Pedro Saputo**, Guara Editorial, Zaragoza, 1980, pág. 44.

(3) Melchor de Santa Cruz, **Primera parte de la floresta española de agudezas, motes, sentencias y graciosos dichos**, Madrid, 1574.

DE PROXIMA APARICION

«Cuadernos de Cultura Aragonesa», n.º 1

FALORDIAS-1

(Una antología d'o «l Premio de Falordias en Fabla Aragonesa.)

Edita: Rolde d'Estudios Nazionalista Aragónés